EL ARMARIO

El miedo estaba en el armario. Permanecía ahí durante el día, entre los vestidos, las blusas, el uniforme del colegio, escondido, desmaterializado.

Por la noche solo se atrevía a salir cuando mis padres ya se iban a acostar y apagaban la luz del pasillo. Por eso yo nunca supe cómo era, nunca lo vi. Pero sentía cómo el miedo salía del armario y notaba cómo ocupaba en segundos toda la habitación. Y cómo giraba a toda velocidad alrededor de la cama, a veces siendo aire tibio, otras veces una especie de gasa húmeda que me tapaba la boca y no me dejaba respirar.

Y sentía cómo me agarraba la mano con una mano que no era mano, y no me dejaba encender la luz.

Y no tenía más remedio que chillar.

Y entonces se encendía la luz del pasillo, y el miedo se quedaba suspendido en girones cerca del techo, donde no podía verlo.

Y mi madre entraba y me decía que no pasaba nada, que solo era una pesadilla. Y me daba un beso.

Pero yo sabía que no estaba dormida, que no era un sueño, que el miedo había salido del armario como casi todas las noches y que seguía concentrado en los rincones oscuros de la habitación. Y lo que más miedo me daba era que no podía verlo.

No le podía contar a nadie cómo era y por qué me asustaba. A mí me hubiera gustado ver fantasmas, como otros compañeros de colegio, ver monstruos con enormes dedos viscosos y ojos fosforescentes. Pero yo no podía ver al miedo, y sabía que en cuanto cerrara los ojos iba a bajar de nuevo del techo aprovechando la obscuridad que creaban mis párpados.

Después, cansada, me dormía y el miedo a veces se metía en mi sueño, no sabía por dónde, pero se metía. A veces el miedo también se cansaba y se dormía.

Y cuando mi madre entraba por la mañana y abría el balcón ya no quedaba ni un hilillo de miedo. Se había encerrado de nuevo en el armario.

Según me fui haciendo mayor, el miedo también se fue haciendo viejo, se fue debilitando, hasta que ya no pudo salir del armario.

Pero yo sabía que estaba dentro, por eso siempre seguí mirando a aquel armario oscuro de caoba con desconfianza.

Ya de joven, cuando iba a comer a casa de mis padres y alguna vez entraba en mi habitación, el armario seguía dándome un poco de escalofrío. Me parecía una especie de ataúd. Me imaginaba al miedo, muerto, dentro.

Cuando mis padres desmontaron la casa, les pedí si podía quedarme con el armario. Lo llevé a mi apartamento y lo coloqué en el despacho. Quería convertirlo en algo divertido y alegre así que lo pinté de verde por fuera, y de blanco por dentro, como una manzana Granny Smith.

Le quité las barras. Siempre sospeché que el miedo se enroscaba en ellas, entre las perchas. Y puse estantes.

En la puerta del centro guardé las facturas, los recibos, los seguros, todos esos papeles heterogéneos que forman lo que en la clase de matemáticas llamaban un conjunto disjunto. En la puerta de la derecha metí mis papeles del trabajo. Y en la de la izquierda mis apuntes de escritora diletante y mis relatos. Me gusta escribir cuentos, y cuando los imprimo es casi como si los hubiera publicado porque ya han pasado del ordenador al papel.

Un día, en los análisis rutinarios que me hacía todos los años, me encontraron algunos parámetros un poco elevados. Me mandaron más análisis. Luego ecos y resonancias; y tacs y endoscopias. Y los estantes de la puerta central del armario fueron llenándose poco a poco con los resultados de las pruebas y con los informes médicos.

Y finalmente llegó el diagnóstico.

Y luego la operación.

Y las sesiones de quimio, y más sesiones de quimio.

Y los controles de los marcadores, que no acababan de bajar. Y los controles de las defensas, que no acababan de subir.

Y un día, al cerrar la puerta del armario, noté que allí estaba el miedo. No lo vi, pero supe que estaba ahí, escondido entre los papeles.

Y una noche, cuando apagué la luz, sentí cómo el miedo salía del armario y cómo ocupaba en segundos toda la habitación. Y cómo giraba a toda velocidad alrededor de mí. Y cómo me apretaba con una mano que no era mano.

Y aunque encendí inmediatamente la luz no pude verlo, porque el miedo se metió dentro de mí. Noté cómo pasaba por mis oídos, por mi garganta, y cómo me ahogaba desde el interior.

El miedo había resucitado y había colonizado de nuevo el armario. Y salía cuando quería. Y se metía en mi cuerpo y empezó a ir conmigo a todas partes, escondido en la obscuridad de mi estómago, subiendo, amargo, hasta la boca, llegando hasta las puntas de los dedos, esos dedos sin sensibilidad para los objetos externos por culpa de la quimio, pero hipersensibles para notar el miedo que avanzaba desde dentro, haciéndolos temblar.

Y lo que más miedo me daba era que no podía verlo.

Pero ahora al menos sí podía hablar de él y podía contar por qué me asustaba. Porque en las casas de mis compañeros de la terapia también estaba ese mismo miedo. A ellos también los asustaba, ellos tampoco lo veían. Algunos ni si siquiera lo entendían; no lo habían conocido de niños.

Y tuve que acostumbrarse a vivir con él. Y el miedo se fue haciendo viejo, se fue debilitando, y llegó un día en que ya no pudo salir del armario. Y el día que el médico me dijo que por fin todos los resultados eran buenos y que estaba curada, supe que el miedo había muerto, que estaba muerto allí, aplastado entre los papeles, aunque no podía verlo.